

REPORTAJES, COLABORACIONES Y CRONICAS DE TODO EL MUNDO

COLABORACION

El fantasma familiar

Estaba pasando el verano en un castillo inglés. Cada mañana uno de los huéspedes se mostraba tan cansado y trasnochado cuando llegaba a desayunarse, que a los pocos días no pude menos de preguntarle: «¿No durmió usted?»

ANDRE MAUROIS

Carta de Londres

Éxito del pianista Joaquín Achúcarro

Joaquín Achúcarro, el gran pianista bilbaíno, ha vuelto a actuar en Inglaterra. En esta ocasión, su actuación ha sido contra reloj, pues el joven y sin embargo maestro, había contraído compromisos para tocar con las orquestas de Birmingham, Manchester, Liverpool y Londres. Y, efectivamente, así lo ha hecho. Antayer fué acompañado por la Filarmónica de Londres, en el Royal Festival Hall.

El próximo viernes y sábado el público de Madrid le oirá. El día 4 de diciembre vuelve a Inglaterra para actuar en Guildford, y el 9 en Londres. Antes de salir para España habrá de tocar en el programa radiofónico "Moments with the Masters".

Carta de Washington

Greenglass sale de la cárcel

Ha salido de la penitenciaría de Lewisburg, Pensilvania, David Greenglass, cuya confesión denunciando a su hermana Ethel y a su cuñado Julius Rosenberg como espías de Moscú, rompió la red de espionaje que entregó al soviético los secretos de la bomba atómica, convirtiéndolo a Rusia en potencia nuclear con todas las consecuencias que viene sufriendo el mundo, quizá años antes de haberlo logrado por sus propios medios. Su confesión salvó a Greenglass de la silla eléctrica de Sing-Sing, en la que murió sin arrepentirse, negando toda culpabilidad, el matrimonio Rosenberg el 19 de junio de 1953, provocando esta sentencia un torbellino de protestas entre los poderosos elementos rojos nacionales y extranjeros, protestas que, como ahora, se reproducen periódicamente.

Última columna

La feria de las tonterías

Entre todas las emisoras de radio del país, pocas deben ser las horas en que no se está radiando alguna novela. Y hay quienes se escuchan tres o cuatro a la vez. Pero lo que había comenzado por ser divertido puede acabar mal cualquier día. Y no lo digo por esos ratos de llanto que se dan todas esas personas en torno a la radio, escuchando calamidades fingidas, no es ya por la cantidad de guisos echados a perder o de camisas quemadas gracias a que toda la atención está puesta en la novelita de turno y no en la tarea que se está haciendo.

Sin embargo esas novelitas están comenzando a dar efectivamente sus frutos amargos. Porque para muchas personas la única clase de literatura, con la que han entrado en contacto en toda su vida, es con el "pensamiento" —por llamarlo de alguna manera— de los guiones radiofónicos. En realidad, lo que en éstos interesa es jugar con el sentimiento de las gentes e incluso con sus instintos más elementales para que después se acuerden de las medias X o de los caldos H y compren estas medias y estos caldos, gracias a los cuales pasaron tan "buenos" ratos. Y el técnico de publicidad sabe de sobra que patillos tocar en el corazón de las gentes para provocar ciertas emociones y todo un proceso psicológico que acabe en la venta de unos productos. Esta es la meta, pero mientras tanto...

Mientras tanto, esas novelitas o calculadas adaptaciones de novelas de cierto mérito literario, dejan caer toda una siembra de sentimientos e ideas puramente paganos y de fuertes sensaciones involuntarias para ciertos temperamentos. Recuerdo a este propósito una carta de alguien que escribía a una revista protestando precisamente de esto: De la enorme tensión nerviosa de las jóvenes auditoras de una escena en que alguien trataba de violar a una muchacha. Y es que el amor humano aparece en esas novelitas bajo una de estas tres variantes, ciertamente nada cristianas: En el aspecto de desesperación o crimen, o como cosa de piel —lo que me recuerda aquello de San Agustín cuando habla del lujo de un animal como de un animal que se frota con todo lo que encuentra— o como un "ideal" romántico y venenoso.

Las gentes van haciéndose así sus ideas de la vida y hasta la pequeña de seis años, que también escucha la radio, irá archivando cosas, haciéndose su mundo, un poco o un mucho, como el de las novelas de la radio: coches, Costa Azul, besos apasionados, suspiros, voces falsas, divorcios, adulterios, estupidez.

Desde luego se comprende el interés de las clases humildes por todo lo que es principio y económicamente poderoso. Las gentes del pueblo han rodeado siempre de simpatía a una pareja de enamorados y, si estos enamorados son príncipes que viven en la Costa Azul, entonces esas gentes se escapan, pensando en ellos, de sus preocupaciones de cada día y sueñan, sueñan, sueñan... para volver otra vez a la tarea dura y los problemas diarios de la existencia. Pero no vale escaparse, no conduce a nada evadirse de la realidad y acudir a la feria de las tonterías, y los hombres y mujeres y los jóvenes de hoy emplearían mejor su tiempo en adquirir una cultura profunda y una educación del corazón, porque el mundo moderno exige la más alta talla de cada uno y el hombre sin cultura está siempre a merced de cualquier propaganda radiofónica que le lance a la guerra o al exterminio de su prójimo. Emplearían mejor su tiempo en reír y charlar y conocer a este prójimo, que en estar escuchando estas historias entontecedoras.

Por lo demás, tanto desprecio del sacrificio, del amor sencillo y sincero, de la castidad o la pobreza y tanto elogio del dinero, de la brutalidad, de la carne, del divorcio y la gran vida de los Cadillac, las amantes, los casinos o las playas de moda, no es ciertamente el mejor clima para comprender las Bienaventuranzas y la alegría y este amor de Cristo que es una Cruz ensangrentada.

L. MARTINEZ DUQUE (Ilustración de Medina.)

El "pequeño Presidente"

Para conocer a su hijo, Kennedy tuvo que recorrer tres mil kilómetros. Nacido prematuramente, el niño ha tenido que ser colocado en una incubadora

La noche del 25 de noviembre ha sido, sin duda, para el Presidente electo de los Estados Unidos una de las más emocionantes de su vida. Tras pasar, como buen americano, el día de la «Acción de Gracias» junto a su esposa en su elegante casa de Georgetown en Washington, «Jack» (así se llama familiarmente), había emprendido el viaje de regreso a Palm Beach donde se permitan reponerse de la fatiga electoral y formar el que va a ser su Gobierno.



El matrimonio Kennedy desfila tras la campaña electoral y muy pocos días antes de nacer John Kennedy junior. (Foto Fiel.)

LA ANGIUSTIOSA NOTICIA. Eran las ocho de la noche. El bimotor «Carolina» (avión personal del senador que lleva el nombre de su hija), despe-gaba arosamente del aeropuerto seguido del aparato donde iban los periodistas.

Kennedy estaba tranquilo; Jacqueline se encontraba perfectamente y hasta el 15 de diciembre, fecha prevista para el alumbramiento, podía dedicarse de lleno a sus problemas políticos sin la menor sombra de preocupaciones familiares. A las doce de la noche el «Carolina» se paraba en el aeródromo de Palm Beach. Fue entonces cuando la azafata dio al Presidente la angustiosa noticia: su esposa acababa de ser internada de urgencia en el Hospital Kennedy, ansioso, abandona el aparato y se dirige a grandes pasos a la cabina telefónica. Una enfermera del Georgetown Hospital de Washington le informa que Jacqueline va a sufrir una operación cesárea. Nada más. El joven luchador, venido por primera vez desde que se inició su brillante campaña, decide volver inmediatamente a la capital, junto a su esposa. Para ello sube al avión de los periodistas, venidos con él, por ser más rápido que el «Carolina».

Desde aquel momento los minutos pasan más lentos que de costumbre. Los periodistas callan respetando la angustia del Presidente, al que ven a través del cristal de la cabina que le ha sido reservada. Las mujeres, casi todas ellas esposas de periodistas que acompañaban a sus maridos en esta interesante vacación, contienen a duras penas su emoción ante la terrible inquietud de Kennedy. El intragable Presidente aparece nervioso por primera vez. John F. Kennedy ha dejado de ser Presidente de los Estados Unidos para conver-

tirse en un padre cualquiera, sometido a la tortura de una inquietante espera.

«¡IT'S A BOY!» Entre tanto su esposa abra-ga también los mismos temores. No esperaba a su hijo hasta mediados de diciembre. A las once de la noche un súbito malestar, seguido de una hemorragia, le hizo comprender que el trance estaba cerca. Su madre avisó inmediatamente al Hospital de la Universidad de Georgetown. Una ambulancia llegó urgentemente a casa de los Kennedy. Jackie, llevando un abrigo rojo sobre su amplio camión rosa, fué transportada hasta el vehículo en una camilla. Los dos hombres que la llevaban quedaron pasmados de la calma de su joven Presidente.

Pero esta sangre fría era sólo aparente. Por dentro una angustia muy grande roía a Jacqueline, recordó sus dos anteriores maternidades fracasadas; recordó también la operación cesárea sufrida para traer al mundo a la pequeña Carolina.

Cuando el doctor Walsh le anunció que iba a ser intervenida, dijo sólo con voz visiblemente emocionada: «¿Es que voy a perder a mi hijo?». El médico procuró tranquilizarla y poco después, la Presidenta entraba en el quirófano. A las doce y veintidós minutos nació el hijo del Presidente de los Estados Unidos. (Sigue en séptima plana.)

La foto de hoy



Pongo a esta mujer ahí, para que arrojen contra ella todo lo que quieran en el pim-pam-pum de su indignación. Lectores... y, sobre todo, de su indignación, lectoras... Para que la insulten, para que la escupan... Cuando se hizo esta foto, acababa de convertirse en la señora Gordon Jeffs. Y no le iba mal a su rostro gordiflorcillo la media, atropellada sonrisa de la recién casada... La foto de boda... El señor y la señora Gordon Jeffs se casaron, como todos —como casi todos—, con ilusión. Y, en el fondo de esa ilusión, puede siempre —casi siempre— entreverse la sonrisa de un niño.

Fue niña. Nació hace un mes. Y hace una semana, la señora Gordon Jeffs anunció que le había sido rapta. La Policía empezó a buscar y encontró a la niña, muerta, en un prado: su madre la mató. Al menos, la señora Gordon Jeffs ha sido acusada de dar muerte a la niña, a su hija, y de trasladar el cadáver al sitio donde fué encontrado. Ella misma... A su hija... Por eso, la pongo ahí, lectoras, para que la insulten, para que la escupan, para que arrojen sobre ella todo lo que quieran en el pim-pam-pum de su indignación... La niña tenía tres semanas... Se había equivocado. No era lugar para nacer la entraña de esta mujer. Mejor, en la roca, en el fuego, en el hielo... En cualquier parte, mejor. Pero los niños llegan con los ojos cerrados de tanto amor, de tanta inocencia, de tanta fe, y dan, a veces, con lugares peores que la roca, que el fuego, que la arena, que el hielo... con lugares tan dueros, tan boscos, tan amargos como la entraña de esta mujer. (Sigue en séptima plana.)

FELIX ANTONIO

Muchachas españolas a Canadá, para prestar servicio doméstico

Proceden de seis provincias, entre ellas Valladolid

MADRID. 1.— Por vía aérea salió para Canadá un grupo de treinta muchachas que van a aquel país para prestar servicio doméstico. Esta expedición fue organizada por la Comisión Católica Española de Emigración. Van a Montreal y su tiempo mínimo de permanencia será de un año.

Estas muchachas pertenecen a las provincias de León, Valladolid, Logroño, Zaragoza, Salamanca y Madrid.—Cifra.

LA VOZ DE LA CALLE

«RADA»

Entre los variados problemas que la declaración en ruina de la casa de la Plaza Mayor ha creado, hay uno tan íntimamente humano que vamos a tratarlo a ustedes. Como saben, en el lugar de la parada actual de los autobuses urbanos, hasta hace unos días solían parar numerosos turismos que ocupaban dicho ángulo de la plaza. Al cuidado de los mismos había un guardacoches a quien todo el mundo conocíamos con el nombre de «Rada». No sabemos a ciencia cierta si es ese su apellido, aunque más bien todo el mundo coincide en que se trata de un sobrenombre que los vallisoletanos le pusieron para calificar sus expertas manos en cuestiones de mecánica.

Un buen día, desapareció «Rada» de su coche de la parada y no se supo de él, hasta que pasado algún tiempo apareció con una gorra de plato abriendo la puerta de los coches que llegaban y salían de la parada. «Rada» había perdido sus energías y lo poco que quedaba, darle. Un día nos dijo que estaba solo en el mundo con el único animal de un peso peseta, que tenía medidas en capitalización y que le daban cuarenta duros al mes. Con ello pagaba la cama, lo demás se lo enviaba la Providencia.

«Rada», en plena vejez, vivía poco menos que de la caridad... y de las bromas fenomenales que a veces le organizaban los dueños de los coches, a quienes hacía poca gracia que utilizase la saltillo como detergente para la limpieza de los parabrisas. A veces se enfadaba, enarbolaba su cachaba y daba el espectáculo, motivo por el cual hubo que hacerle alguna pública reconvencción.

«Rada» repitió con mucha entereza: —Mi puesto es éste y no me moveré de él. Me tendrán que llevar a la fuerza. Yo no soy un desheredado... Y lo que no había hecho nunca, empezó a hacerlo desde aquel día: guardaba el puesto, vacío de coches, durante el día y durante la noche, como centinela permanente, soportando los aguaceros de estos últimos días. Cuando el sueño le vencía, hacía la madrugada, el buen hombre se acurrucaba junto a una puerta y así descansaba. Últimamente los empleados del servicio de la limpieza, al iniciar su jornada, movidos a lástima, lo metían en un portal.

«Rada», ya puedes buscar otro sitio, porque aquí te vas a morir de hambre.

«—Si, ahora mismo. Las jóvenes le dieron para un café. El caballero le quiso llevar unas galletas. Pero «Rada» protestó: —Galletas, no. quiero churros. Churros, que tienen grasa y son de más alimento. En el Bar Palencia le sirvieron un gran tanque de café con leche. Cuando tomó los primeros sorbos hubieron de sujetarle porque se caía. Entretanto, personas caritativas cumplieron con su deber de cristianos e hicieron las gestiones oportunas para su ingreso en el Asilo de Caridad. Ya lo habían intentado otras veces, pero el hombre se resistía. Esta vez, no. No pudo reparar, lo estaba desamando. Por si se acuerde de sus coches, no sabemos por qué, pero tenemos el presentimiento de que a «Rada» este año le van a traer Reyes Magos un flamante coche, para que no sienta nostalgia en la última época de su vida.

L. MARTINEZ DUQUE (Ilustración de Medina.)